

La retórica: ¿palabrería o condición para la democracia?

INTRODUCCIÓN

Resulta paradójico que la retórica, en pleno siglo XXI, sea objeto de una concepción negativa, con la que se forman vocablos peyorativos tales como “mala retórica, la retórica de..., discurso retórico”. Así pareciera que se ignora por completo el postulado antropológico y político de Occidente sobre el ser del hombre democrático. Debido a la injusta situación en que hoy se halla la retórica, en este ensayo me interesa abordarla como una necesidad antropológica y política a la cual toda racionalidad moderna debería recurrir, sin que su práctica equivalga a palabrería o ciencia.

UN OLVIDO INCONCEBIBLE

El término ‘retórica’, de acuerdo con la concepción de Aristóteles respecto al *zoon politikon*, tiene su raíz etimológica en lo que caracteriza al hombre: el hablar (véase Aristóteles, 2000). En efecto, retórica viene del griego ῥήτωρ que significa “orador” (Carrillo, 2009: 49). ¿Cómo, entonces, es posible olvidar y negar que todos somos rétores, que todos somos oradores? No sólo en este problema conceptual está el olvido, sino incluso la negación de que el hombre, por el hecho de ser hombre, es un rétor, es decir, un ser que habla porque piensa, un *zoon logon ekhon*.¹

1 *Zoon logon ekhon*: animal capaz de discurso (Arendt, 1993: 40).

En este sentido, la reflexión de Aristóteles sobre el ser del hombre es sustantiva, porque pone de manifiesto, al menos, una de las características del hombre que pretende participar en la vida política: el hablar. Para el estagirita, el lenguaje humano no está hecho sólo para expresar

el dolor y la alegría (como lo hace el resto de los animales), sino sobre todo para indicar lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo² (Aristóteles, 2000), lo cual conduce inexorablemente a reconocer que el hombre piensa, y este pensar lo formula por medio del discurso. Según Aristóteles, esta naturaleza del lenguaje revela la necesidad del hombre de saber expresarse para manifestar su pensamiento en un escenario político. ¿Podemos imaginar un grupo de hombres pretendiendo hacer algo sin hablar? Luego, ante la rivalidad política, sin el lenguaje y más precisamente sin el discurso, ¿podemos defender nuestras ideas? La respuesta es no.

De modo que, cuando recurrimos al origen de la retórica, resulta también paradójico darse cuenta de que las grandes civilizaciones no se cuestionaron el hablar, pues era una práctica inmanente a la vida cotidiana. Llegados al siglo XX, la emisión de habla significó una gran interrogante y apenas comenzamos a tratar de comprender el proceso comunicativo. Contrario a lo que ocurría en el pasado lejano de la humanidad:

jamás se habla tanto de comunicación como en una sociedad que ya no sabe comunicar[se] consigo misma, cuya cohesión está en duda, cuyos valores se desmoronan, y cuyos símbolos demasiado usados no logran unificar. Sociedad centrífuga, sin regulador. Ahora bien, esto no siempre ha sido así. No se hablaba de comunicación en la democrática Atenas, pues la comunicación estaba en el principio mismo de la sociedad. Era el vínculo conquistado por los hombres en su desarraigo del caos, el que daba sentido al sistema en todas sus facetas: política, moral, economía, estética, relación con el cosmos (Sfez, 1992: 6).

El enunciado de Lucien Sfez es pertinente porque evidencia la importancia de la práctica del hablar en una

- 2 Esta gran diferencia entre el lenguaje humano y el del resto de los animales es que en el primero se contiene una posición ética, es decir, una preocupación del sujeto humano con respecto a sus acciones; los animales no se interrogan su comportamiento con respecto a sus efectos sociales. 'Acción social' y 'comportamiento' son dos términos que deben diferenciarse conceptualmente. El primero es construido, el segundo es innato.



sociedad que se pretende democrática. Hablar en sociedad es asumir el carácter político del ser del hombre en el quehacer inevitable de toda acción social; es cumplir la realización en tanto hombre. Lo anterior se inscribe en el marco de nuestra sociedad occidental, dentro de la tradición que sociológicamente ha establecido el ideal de la democracia bajo la figura del Estado-nación, teniendo como arena el espacio público. La idea de una sociedad democrática se acompaña de la discusión y ésta requiere el hablar. Esta acción, la de hablar o, mejor dicho, de 'retorizar'³ ha sido el gran olvido en el hombre, aun cuando es parte constitutiva y, de acuerdo con esta misma tradición, esencia de su ser.

No es casual que haya sido en la Grecia antigua donde la retórica se haya presentado como una *tekhnê* que todo político (ciudadano) habría de dominar para ser digno de la polis. Es de todos sabido que en la época de Aristóteles (hace alrededor de 2 400 años), ser político representaba saber hablar y con esto defender su postura, la causa⁴ desde el punto de vista jurídico y político. Podemos ver que si el hombre se define como *zoon politikon*, lo mínimo que debe poseer es el saber hablar, tener el dominio de la retórica. Olvidar esto significa, por lo tanto, no concebir el sentido del ser del hombre, en su realización, para su felicidad.

No estamos lejos de pensar, por la retórica, que el hombre que no sabe expresarse y defender sus ideas, porque no practica su habla frente a los otros,⁵ presenta una desventaja de carácter, ya sea porque está incapacitado fisiológicamente para hacerlo, o bien, porque su socialización le coacciona el discurso, sobre todo en el espacio

público.⁶ La confrontación y, luego, la toma de decisión son los ingredientes de la democracia que se realiza por la retórica. La política que economiza la palabra sólo es tiranía o imposición.

Dicho lo anterior, tratemos de entender de qué manera la retórica se vuelve fundamental en la vida cotidiana del hombre. Pero antes, veamos cómo las ciencias del lenguaje permiten hoy identificar la función que le corresponde a esta antigua disciplina.

LA RETÓRICA Y LAS CIENCIAS DEL LENGUAJE

Si la retórica surgió desde la Antigüedad como una *tekhnê*, ¿cómo es posible postular que hoy la retórica sea una ciencia? La posibilidad es proporcional a su reivindicación epistemológica. Que la retórica haya quedado en el olvido, bajo el carácter de técnica o arte, no significa que la heurística que la sostiene haya dejado de practicarse e incluso pueda servir de fundamento epistemológico para las ciencias sociales.⁷ La modernidad, pese a lo que podría creerse, también ha contribuido al olvido de la retórica. La emergencia de las ciencias del lenguaje ha llevado a pensar que es posible prescindir de ella. Podemos reducir las ciencias del lenguaje a las disciplinas de la lingüística, la semiótica y el análisis del discurso, pero también a las llamadas ciencias

3 El verbo 'retorizar' está ausente en nuestro vocabulario. En su lugar empleamos hablar, decir, discursar, expresar. Difícilmente aceptamos o somos conscientes de que nuestro acto de hablar implica practicar la retórica.

4 Resulta interesante saber por Gadamer (2006) que el término 'cosa' tiene la misma raíz que la palabra 'causa', la cual nos da idea de los alcances que implica toda formulación discursiva que busca posicionarse y, en consecuencia, imponerse frente a los otros.

5 Para algunos, la retórica sólo tienen sentido cuando se practica en el espacio público, sin embargo, nuestra posición es que hay retórica en los enunciados más banales y simples. Un 'hola' o un discurso inaugural hay que saber decirlos y modelarlos de acuerdo con el sistema retórico. Esto significa que la retórica está presente tanto en nuestras relaciones interindividuales como en el ágora.

6 No es extraño darse cuenta de que una sociedad caracterizada por la poca participación política sea resultado de una socialización donde el discurso es coaccionado, reproducido, ejerciendo dominación y ofreciendo poco espacio para la discusión, es decir, ausencia de defensa de las causas (cosas) que se oponen. Los referentes que nos permiten concebir esta condición sociopolítica, reflejada en el discurso, son Habermas (2001) y Gadamer (2006, 2007).

7 El debate del potencial epistemológico de la retórica en los últimos años parece manifestarse. Recientes trabajos no dejan de poner en evidencia el uso de la retórica en todo discurso, incluso en el científico (Carmona, 2013).

de la comunicación y de la información, que han estudiado el fenómeno del lenguaje desde sus particulares perspectivas. Sin embargo, ninguna de ellas ha logrado abarcar de manera exhaustiva este complejo objeto de estudio, el lenguaje humano. No obstante el cruce interdisciplinario, la retórica —particularmente en América Latina— está ausente como contribuyente científica.⁸

Así, la lingüística se ha propuesto conocer las reglas que hacen posible el funcionamiento del signo lingüístico (sintaxis y gramática); con Ferdinand de Saussure (1979) se impuso el estudio del funcionamiento de la lengua y su origen semántico; la semiótica, desde el signo en general, ha establecido gracias a Peirce (1974), la teoría triádica de la semiosis para comprender la generación de la significación; el análisis del discurso, por su parte, se ha encargado de develar las íntimas genealogías y arqueologías que configuran los diferentes regímenes discursivos a lo largo de la historia; con las ciencias de la comunicación y de la información se ha querido observar cómo es posible el establecimiento de los signos entre las instancias emisoras y las receptoras. Pero hasta hoy no se ha logrado conectar estas diferentes dimensiones del hablar humano en una sola disciplina científica. En este contexto, la retórica tiene mucho qué decir. Si bien ésta no ha formulado conceptos tales como lengua, lenguaje, habla, signo, paradigma, sintagma, discurso, al menos los presupone. Ahora bien, lo que la lingüística, la semiótica y el análisis del discurso no han postulado es cómo elaborar un discurso en su forma lógica, patética y ética; la retórica sí lo ha hecho. Pero antes de revisar la aportación de la retórica, en tanto disciplina, veamos cómo en años recientes, con las llamadas ciencias de la comunicación, se ha intentado analizar el acto del habla.

8 Un trabajo que intenta reivindicar a las ciencias de la comunicación como instrumento para conocer al hombre puede encontrarse en González (2010).

Es ya un lugar común decir que la comunicación es una 'nueva ciencia'. Nada más alejado de la realidad, cuando ha sido la retórica la primera gran sistematización en la construcción del discurso.⁹ Lo que se omite en el enunciado de una supuesta emergencia de la comunicación es la importancia del hablar en la política y, en consecuencia, en la formulación de la acción social. Lo que no se dice es que el hablar necesita de una estrategia, por lo tanto, de un dominio del lenguaje y del discurso para persuadir.¹⁰ La teoría de la retórica ya lo postulaba. Todo el proceso comunicativo era comprendido como un proceso del hablar aportando argumentos¹¹ y salir exitoso con 'la causa defendida'.¹² Hoy, este hablar —desde las modernas ciencias de la comunicación— se piensa en términos de emisor, mensaje/discurso, receptor. Se consideran las diferentes dimensiones que implica el acto del habla (social, cultural, económica, estética). Lo que hay que destacar en esta historia es que a la acción de hablar —lamentablemente— se le asocia un interés instrumental,¹³ donde la política deja de ser un asunto de discusión, de diálogo.¹⁴ El interés instrumental es sólo un asunto técnico, que resuelve la necesidad de saber fabricar un discurso que halague los oídos del interlocutor, es decir, que lo encante. En general, las ciencias de la comunicación han consagrado de

9 Es legítimo decir que la retórica es la primera gran ciencia de la comunicación (Bautier, 1994).

10 La persuasión, lejos de ser una manipulación negativa, es una necesidad de todo aquel que quiere aportar argumentos. ¿Cómo no 'manipular' el lenguaje, los signos, acomodar y elegir las palabras de nuestras oraciones? Necesitaríamos estar mudos. Sobre la persuasión en la vida cotidiana e incluso en las ciencias. Véase González (2013).

11 Estos argumentos son la tríada aristotélica del *ethos-pathos-logos*. Su actualidad sorprende cuando se aplica al análisis de fenómenos contemporáneos de la comunicación mediática. En años recientes ha venido aumentando toda clase de trabajos académicos al respecto.

12 Notemos que hablar implica defender una causa, es decir, una 'cosa', como nos lo indica Gadamer (2006). Este principio involucra una invención creativa para decir qué es una cosa, pero tal invención no es caprichosa o gratuita, sino que demanda una racionalidad que garantice una ética. Hablar, por lo tanto, no es un asunto menor, hay que saber argumentar.

13 Interés instrumental: aquel que resuelve problemas técnicos en vista de un objetivo material y político, subrayemos, sin discusión (Habermas, 1982).

14 En la práctica retórica, nos dice Michel Meyer (1993), hay un lugar permanente para el diálogo.

modo parcial sus esfuerzos en pensar el hablar como un dispositivo del lenguaje en su dimensión instrumental, dejando de lado su posibilidad dialógica.

EL *ETHOS* COMO PRIORIDAD FILOSÓFICA DE LA RETÓRICA

Llegados a este punto, interesa referir la manera en que la práctica retórica, a diferencia de la simple comunicación instrumental (*marketing* político, comunicación organizacional),¹⁵ resguarda la dimensión ética que está implícita en toda acción humana.¹⁶ Sobre un plano ético, la retórica argumenta por el *ethos*. No hay discurso sin *logos*, sin *pathos*, pero sobre todo no lo hay sin *ethos*. Para el padre de la lógica, el *ethos* es el argumento más importante del discurso (Aristóteles, 1991). Esto significa que podemos aportar un discurso lógico y patético perfecto, pero si carece de ética, el efecto persuasivo será nulo, a menos que se trate de hombres que no busquen el bien común y se muevan por intereses egocéntricos e instrumentales. Podemos ilustrar lo anterior con el enunciado de un individuo que no tenga carencias económicas: “robemos el banco X, sé cuándo y qué hora es la correcta”. Hay *logos* en la proposición, porque el sujeto enunciante sabe cómo proceder; hay *pathos*, porque es tentador poseer dinero; pero no hay *ethos*, porque robar es reprochable. Este enunciado, en efecto, resulta de un puro interés instrumental y no toma en cuenta el bien común que implica la acción.

Es posible apreciar hasta qué punto la práctica retórica inicia por el *ethos* del sujeto hablante y termina por el *ethos* del interlocutor. Si éste tampoco es vigilante de su ética, la acción de este hablar conduce a una acción social que, isomorfa a la ausencia del *ethos* discursivo, producirá una acción en perjuicio de

15 Estas dos actividades de un hablar instrumental o, bien, operadores técnicos de un saber comunicacional están lejos de problematizar la comunicación como objeto científico. Lo anterior es evidente por el hecho de proponerse conseguir objetivos puramente instrumentales, en lugar de objetivos derivados de un dialogismo retórico.

16 Es suficiente recordar que todo discurso (todo acto de habla) corresponde a una serie de acciones y de representaciones sociales. Nadie abre la boca para no hacer nada.

la sociedad.¹⁷ Retórica, acción social y ética se presentan como instancias constituyentes de la

17 Esto se puede ilustrar con el fenómeno del narcotráfico. Podemos comprender que los sujetos involucrados son capaces de hacer caso a los aspectos patético y lógico de los discursos del narcotráfico, pero ignoran el *ethos*.



“Vas a morir”, en *Presencias* (2013), de Yuriko Rojas. Foto: Florencio Oliver Hernández Gómez.

vida humana. Por esto, todo hablar presupone una ética que, vigilante de las acciones, debe garantizar el camino hacia la ‘vida buena’.¹⁸

La retórica —teniendo como fundamento el factor ético, bajo la rectoría del *ethos*— garantiza el hablar político en su sentido social, particularmente en pro de la justicia. Esto significa que si un hombre es justo, en consecuencia su discurso encierra esta justicia y sus acciones. Tal es la tesis de Quintiliano, para quien “un hombre de bien es el único que puede hablar bien” (citado en Amossy, 2000: 63). Asumiendo dicho principio, no cabe duda, podemos comprender muchas de las características de la política contemporánea que, en la figura de los representantes políticos, nos muestra la ausencia de un hablar regido por el *ethos*. Por consiguiente, podemos considerar el hablar de nuestros políticos como un parámetro del universo ético de una sociedad que proyecta su espíritu en sus representantes. Retórica y política se presentan así como una simbiosis del ser del hombre por el paso de la historia.

RETÓRICA: CONDICIÓN PARA LA DEMOCRACIA

Desde el inicio señalamos, siguiendo a Aristóteles, que la retórica es lo propio del hombre, porque éste piensa (posee el *logos*), y porque es el único animal que puede expresar lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo. En este sentido, dentro de sus funciones (operadora del lenguaje que produce dimensiones cognitivas (*logos*), patéticas (*pathos*) y éticas (*ethos*), la retórica toma su sentido en la política. Por lo que la retórica, más que ser un factor epistemológico o patético, es un factor político, por la sencilla razón de que da forma al lenguaje y

a los discursos para producir la organización del hombre en sociedad. Si esta hipótesis es correcta, la comunicación, desde la práctica retórica, sin lugar a dudas es un asunto de política. De ahí su importancia como fuente operatoria en la construcción del discurso y de la formación humana.

Si hemos dicho que la polis sólo tiene sentido porque en ella se habla, proceder a construir un discurso (*inventio, dispositio, elocutio*) y ponerlo en escena (*actio, memoria*)¹⁹ no es un asunto que la naturaleza nos haya garantizado. Hablar es un asunto de socialización, de construcción de hombres por el lenguaje. Retoricar es, pues, un asunto de saberse social y de asumir que el poder del discurso es sinónimo de un poder político. Por eso, de la Grecia que vio nacer a la retórica puede afirmarse contundentemente que “el régimen democrático tiene necesidad, por su naturaleza, de un modo de educación nueva [...] hay que saber hablar. El habla es desde entonces la ‘técnica de las técnicas’, ésta que permite a cada uno en la Asamblea, en los procesos, hacer valer su punto de vista” (Châtelet, 1999: 20).

Es muy significativo ese “hacer valer su punto de vista”, porque es ni más ni menos que el defender la cosa o causa por la que se habla. Para ello es necesario saber hacerlo. ¿Cuál es el medio? Considero que la respuesta está en la socialización. Ciertamente, se puede conocer cómo funciona la retórica y aprender a ponerla en marcha; sin embargo, tal caso hipotético ya no sería derivado de una lógica social, sino —como diría Michel Foucault (2009)— de una voluntad de saber, de poder, sobre un eje ético. Para Foucault, el proceso de la voluntad de saber y de poder involucra a la par un proceso de subjetividad que se establece entre los sujetos, derivándose con ello una serie de relaciones de poder, que no son otra cosa que la consecuencia de la historia. En esta relación establecida por el saber, el poder y la ética, podemos aprehender el “cómo nos hemos constituido como sujetos de saber; cómo nos hemos constituido como sujetos que ejercemos o sufrimos las relaciones de poder; cómo nos hemos constituido como sujetos morales de nuestras acciones” (Foucault, 2009: 879).

18 Entendemos la ‘vida buena’ de los griegos como aquella que se propone producir las condiciones ideales de la paz, la realización del hombre y de la polis.

19 Como sabemos, son las partes que constituyen el sistema retórico, el cual demanda un dominio de los signos del lenguaje, de acuerdo con el tipo de discurso y público a quien el rétor va a dirigir sus palabras.

Hasta aquí se podría afirmar que el lenguaje y las cosas sólo pueden ser instituciones humanas, por la palabra que las representa, por el discurso que las limita: seres y cosas no pueden ser más que por las palabras. Como bien afirma Gadamer:

El lenguaje no debe concebirse como un diseño previo del mundo que es producto de la subjetividad, ni como diseño de una conciencia individual ni de un espíritu colectivo. Todo eso son mitologías, exactamente como el concepto de genio, que tanta importancia reviste porque enseña a entender la construcción poética como un producto inconsciente y a interpretarla desde la analogía con el producto consciente (2006: 79).

Efectivamente, la propuesta de expulsar a los poetas por parte de Platón explica el poder de la palabra. Sin embargo, a diferencia de los poetas que no se preocupan por garantizar la verosimilitud, conformándose con 'lo que las cosas podrían ser', la retórica argumenta la verosimilitud como posibilidad del ser.²⁰ Mientras que los sofistas aplican la retórica para fines personales,²¹ la retórica (del ideal político) vigila el interés de la comunidad.

20 Nos encontramos con la exigencia de Sócrates de definir el fin de las cosas, antes de poder hablar de ellas. Cuando el filósofo pregunta a Gorgias qué es la retórica, éste no es capaz de responder con pertinencia, por la razón de que sólo aplica la retórica sin dominar los temas. En otras palabras, la retórica (la que trabaja con el *ethos*) sólo sería capaz de hacer fluir las palabras, las ideas, puestas en argumentos. No estamos lejos de la racionalidad comunicativa defendida por Habermas, donde toda oposición al discurso se resuelve por el mejor argumento. Hablar, en este sentido, no es desplegar las palabras, sino justificarlas racionalmente. Con *ethos*, a la cabeza, *logos* y *pathos*, la retórica encuentra al orador capaz de persuadir, no por la palabrería, sino por una racionalidad dialógica (diríamos, incluso, dialéctica).

21 Paradójicamente, los sofistas, al construir discursos, son también rétores, esto es innegable. El umbral que separa al rétor del sofista puede ser muy corto, pero lo que los distingue es que el primero asume una actitud de búsqueda por la Verdad inmutable —aunque la retórica no habla desde la verdad, sino desde su posibilidad (dialogismo de la retórica)—, mientras que el sofista pretende hablar de la Verdad. Sin embargo, no hay duda de que una concepción positiva del sofista es deseable en la medida en que su discurso puede significar un horizonte de creación, invención y renovación de la existencia humana. Tal es la tesis de Bárbara Cassin (2008), para quien la sofística toca la posibilidad del no ser.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Se refirió ya cómo, desde los planos filosófico, ético y teórico, la retórica ofrece una serie de postulados y principios que, articulados en su origen, revelan el poder del lenguaje bajo la forma de discurso. Tal condición de la retórica ha sido demostrada por la filosofía del lenguaje: toda producción humana proviene del lenguaje. En esta historia, la retórica es protagonista. Para señalar al final de este recorrido la importancia de la retórica, se invoca a dos grandes filósofos: Aristóteles (1996), quien establece que el conocimiento (del ser) deriva de la lógica bajo el principio de no-contradicción y que corresponde al lenguaje, entonces, hacerlo explícito; Marx (1987), que, por su parte, considera que el conocimiento se establece por la lógica del lenguaje como instrumento de la *praxis* sobre lo concreto. El estagirita se propone demostrar un paralelismo entre lenguaje y naturaleza, mientras que el joven Marx hace del lenguaje un factor de transformación sobre la naturaleza y los hombres. En primera instancia, estas dos epistemologías se presentan incompatibles, opuestas. Sin embargo, parece que ambas aproximaciones, en donde el lenguaje es materia prima del conocimiento y de la vida cotidiana entre los hombres, actualmente aportan elementos heurísticos sobre la complejidad de lo real.

En esta oposición, mi propuesta es hacer intervenir a la retórica, para conciliar una supuesta teleología del lenguaje (la de Aristóteles) en el hombre con una *praxis* transformadora del lenguaje (la de Marx). Así, ambos filósofos convergen en que es por el lenguaje que se incide en el mundo. Por esto Aristóteles y Marx, al otorgar suma importancia al lenguaje, contribuyen a repensar qué se hace con las palabras.

De esta manera, la retórica sería entonces aquel proceso por medio del cual el hombre

interioriza el lenguaje mediante las palabras. A través de este proceso, el hombre incide en su mundo, lo concretiza (en la supuesta correspondencia entre la palabra y la cosa, momento de objetividad-intersubjetividad) y lo transforma (por la *praxis*).

La retórica, ante la a veces grandilocuente presunción de vivir en un mundo democrático, es condición fundamental de los miembros (ciudadanos) de nuestros Estados. Su ausencia, sin duda, significa autoritarismo o demagogia. LC

REFERENCIAS

Amossy, Ruth (2000), *L'argumentation dans le discours. Discours politique, littérature d'idées, fiction*, París, Nathan.

Arendt, Hannah (1993), *La condición humana*, Barcelona, Paidós.

Aristóteles (1991), *Rhétorique*, París, Librairie Française.

Aristóteles (1996), *Metafísica*, México, Porrúa.

Aristóteles (2000), *La política*, Santafé de Bogotá, Panamericana Editorial.

Bautier, Roger (1994), *De la rhétorique à la communication*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble.

Carmona Sandoval, Juan Carlos (2013), "Discurso y artículo científico. Una aproximación retórica", *Ra*

Ximahi, vol. 9, núm. 1, Los Mochis, Universidad Autónoma Indígena de México.

Carrillo Guerrero, Lázaro (2009), "Retórica: la efectividad comunicativa", *Rhétorikê. Revista digital de retórica*, Universidad de Beira Interior, núm. 2, Beira.

Cassin, Bárbara (2008), *El efecto sofístico*, México, FCE.

Châtelet, François (1999), *Histoire de la philosophie I. La philosophie païenne, du VI siècle av J.C. au III siècle après J.C.*, París, Hachette.

Foucault, Michel (2009), *Philosophie. Anthologie*, París, Gallimard.

Gadamer, Hans-Georg (2006), "La naturaleza de la cosa y el lenguaje de las cosas", en *Verdad y método I*, Salamanca, Sígueme.

Gadamer, Hans-Georg (2007), *Verdad y método II*, Sígueme, Salamanca.

González Domínguez, Carlos (2010), "Las ciencias de la información y de la comunicación: ¿una particularidad disciplinaria?", *Ciencia Ergo Sum*, vol. 17, núm. 2, Toluca, UAEM.

González Domínguez, Carlos (2013), "La retórica como fundamento epistemológico para las ciencias de la comunicación", en Carlos Massé Narváez (coord.), *La complejidad autorreflexiva epistemológica de las ciencias sociales y su diversidad campotemática*, Miguel Ángel Porrúa/UAEM.

Habermas, Jürgen (1982), *Conocimiento e interés*, Madrid, Taurus.

Habermas, Jürgen (2001), *Teoría de la acción comunicativa. Complementos y estudios previos*, Madrid, Cátedra.

Marx, Carlos (1987), *La ideología alemana*, México, Grijalbo.

Meyer, Michel (1993), *Questions de rhétorique. Langage, raison et séduction*, París, Le livre de poche.

Peirce, Charles Sanders (1974), *La ciencia de la semiótica*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Saussure, Ferdinand de (1979), *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada.

Sfez, Lucien (1992), *La comunicación*, México, Presses Universitaires de France/Publicaciones Cruz.



Presencias (2013), de Yuriko Rojas. Foto: Edgar Valtiago.

CARLOS GONZÁLEZ-DOMÍNGUEZ. Doctor en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de La Sorbona de París. Profesor e investigador en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México, México. Entre sus publicaciones recientes se encuentran: "La retórica como fundamento epistemológico para las ciencias de la comunicación" (2013), en *La complejidad autorreflexiva epistemológica de las ciencias sociales y su diversidad campotemática*; "El análisis del discurso desde la perspectiva foucauldiana. Método y generación del conocimiento" (2013), en la revista *Ra Ximahi*. *Paz Interculturalidad y Democracia*; "El lenguaje popular como Isomorfismo social. Caso de El Noticiero con Brozo" (en colaboración con Aline Tamborini, 2011), en la revista *Versión. Estudios de Comunicación, Política y Cultura*; "Corporalidad y comunicación del ethos del conductor del noticiero televisivo (en colaboración con Paulina Fuentes Ruiz, 2012), en la revista *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, y "Teatralidad en el discurso de la información mediática" (2013), en *La Colmena*.